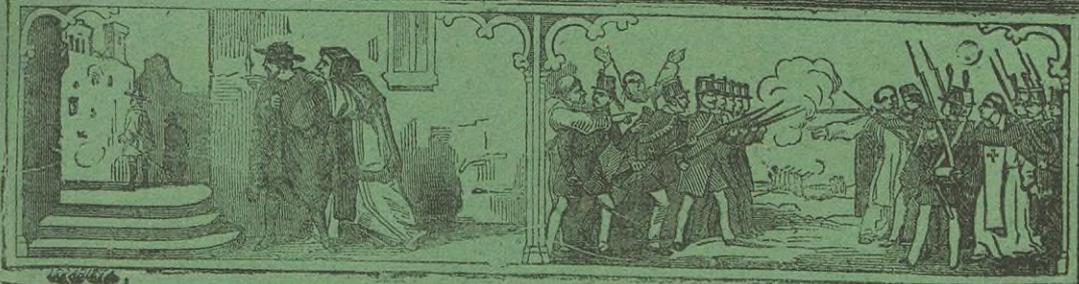
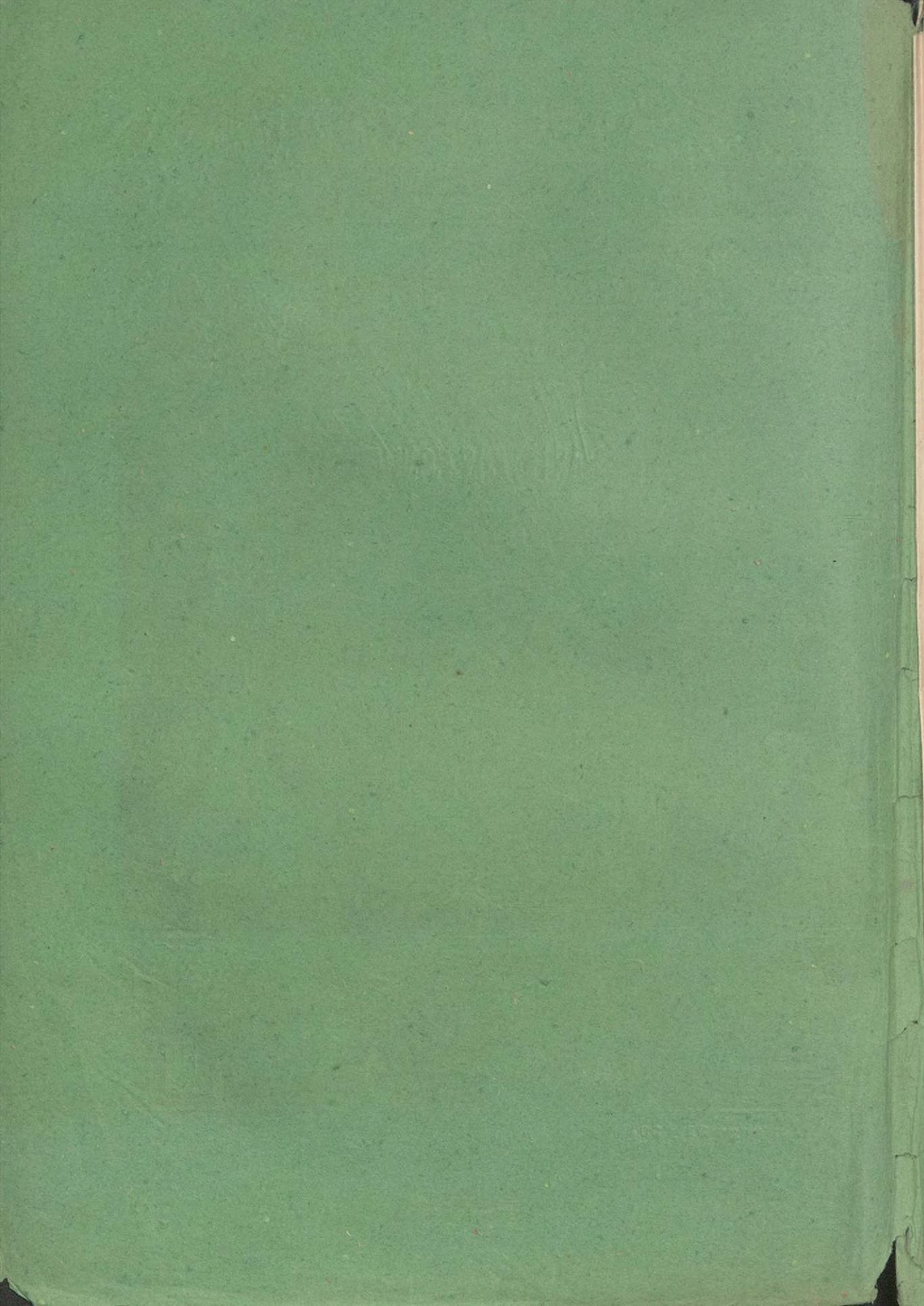




INTRIGAS DE LOS CONVENTOS







Gita pero horrible fué la lucha.

—Es mi salvador, contestó D. Fernando no pudiendo ocultar su gratitud.

—¿Vuestro salvador decís? ¿Luego vos estabais perdido?

—Irremisiblemente, sin el auxilio que sin interés alguno y solo para vengarse me prestó. Permitidme que por el momento no sea mas explícito. Esta noche confio deciros el resto en casa de don Diego de Monforte.

—No ireis, dijo con tono resuelto Branca d' Oria.

—Si iré, contestó D. Fernando.

—¿Quién puede impedirselo? preguntó el monje.

—¡Yo! repuso el jesuita.

Fray Guillermo miró alternativamente á sus dos interlocutores. En el semblante del italiano veíase pintada la resolucion y ese aire que solo da la seguridad del triunfo: el de D. Fernando era triste, porque su corazon estaba en lucha con dos deberes: el deber de gratitud y el deber filial.

—Vos no podeis comprender sin duda cuanto me intereso por este jóven, añadió el jesuita. He sido su salvador como habeis oido; pero correria inevitablemente á su ruina si pisase otra vez los umbrales de la casa de D. Diego.

—No os comprendo, dijo el monje.

—Mas tarde, si os interesais, como no dudo, por D. Fernando de Monforte, exclamó el hidalgo temeroso de que su misterioso amigo no le descubriera, lo sabreis todo. Ahora permitidme que me quede con este caballero.

—En horabuena; pero recordad lo que me habeis prometido.

—Lo cumpliré.

—Y tened entendido, puesto que sois amigo de mi amigo, que si correis algun peligro, á donde no alcance vuestro salvador alcanzaré yo. Contad siempre conmigo.

Estrechó una vez mas la mano de D. Fernando y se retiró. Antes de perderle de vista, volvió la cabeza diciendo para sí:

—¡Dios mio! ¡Si será una ilusion de mis sentidos! ¡Si me engañará esta vez el corazon! Ah! por qué he sentido en su presencia

lo que á mí mismo no puedo esplicarme! Y luego ese misterio, esta reserva, esta persecucion y salvacion ¿no me dan motivos suficientes para creer que sean una realidad mis sospechas?

Apenas el monje hubo desaparecido, Branca d' Oria dijo en voz baja á D. Fernando.

—¿Quién es ese hombre? os ha preguntado ese fraile al verme entrar, y permitidme, ahora que se ha retirado, que yo os haga la misma pregunta.

—Ese hombre es un amigo mio á quien no conozco.

—¿Cómo se entiende esto?

—Os lo diré. Al llegar aquí, lo encontré que estaba comiendo, díjome que era forastero y preguntóme por mi padre y por mí sin conocerme. Díjele que yo, entendeis bien, yo, estaba preso en las cárceles del Santo Oficio, segun voz pública. A semejante revelacion mostró tanta sorpresa como sentimiento, y al añadirle que era amigo de D. Fernando, dióme la mano y con un tono de autoridad que me encantó, aseguróme que lo salvaria quien quiera que fuese su perseguidor. Ahora debo añadir que si bien en un principio abrigué desconfianza por ese monje, luego una secreta simpatía me unió á él y le quiero no tanto por lo que me prometió, como por una de esas afinidades del alma que se sienten y no se esplican.

—Don Fernando, vos sois muy jóven y os dejais arrastrar fácilmente por los nobles impulsos de vuestro leal corazon. Atended que estais rodeado de enemigos tanto mas temibles, cuanto se encubren con la máscara de la hipocresía y de la falsedad. No os fieis de ese monje: tal vez sea un enemigo encubierto, quizás un espía de los franciscanos ó carmelitas. Hicisteis muy bien en no revelarle vuestro verdadero nombre. Me pareció ver pintada la perversidad en aquel semblante. Alerta, D. Fernando, alerta: no vayamos á perder con vuestra sobrada confianza lo que tanto nos ha costado. Repito que os asecha y persigue sin descanso un enemigo múltiple. Conoce todos vuestros pensamientos, sigue todos vuestros pasos y no cejará hasta el momento en que pueda vol-

ver á aprisionaros. Y ¡ay de vos si perdeis otra vez la libertad!

—Os agradezco vivamente, amigo, vuestro buen celo y me guardaré muy bien de caer otra vez en poder de los frailes; pero es preciso que yo obtenga el perdon de mi padre, de un modo ú otro: es preciso que yo vea á María.

—Es verdad, debéis obtenerlo, pero sin aventurar vuestra seguridad personal. El dia que goze ya para con vos de una ilimitada confianza, y confio que este dia ha de llegar, entonces me concedereis poderes ilimitados para que yo pueda tratar con vuestro padre y es de esperar que D. Diego no se negará á abriros una vez mas los brazos. Entretanto no conviene que permanezcáis en la poblacion; si no teneis recursos, yo os los proporcionaré y cuando hayais entrado en posesion de vuestros bienes que no os pueden faltar, cuando unido con la jóven destinada á ser vuestra esposa, goceis de la mas completa dicha en el seno de vuestra familia, entonces me pagareis, si tal es vuestra voluntad, los servicios que os habré prestado. Entonces yo tambien seré dichoso porque habré arrancado una víctima del poder de esas perversas gentes.

Branca d' Oria iba envolviendo hábilmente en sus redes al presunto heredero del opulento mayorazgo y preparaba diestramente el terreno para sus planes del porvenir. Sobre el interés que debia reportarle el indispensable manejo de los intereses de D. Fernando, hacia adicto á su persona y por consiguiente á la compañía, á uno de los mas distinguidos miembros de la nobleza del pais. El jesuita siembra muy temprano y en todos terrenos: porque sigue aquella sabia máxima de que, quien siembra recoje.

—¿Ausentarme decís? ¡ah! es imposible, repuso D. Fernando; yo no puedo alejarme del sitio donde respira el ídolo de mi corazón.

—Debeis hacerlo indispensablemente. ¿Sabeis lo que ví por mis propios ojos esta mañana, oculto en las inmediaciones del Castillo del Diablo? Ví á algunos familiares del Santo Oficio que estaban huroneando por entre las ruinas del patio buscando sin

duda el pretendido tesoro. ¿Y qué nos demuestra esto? Que hay un espía entre vosotros, un vil que os vende. Nuestro ardid ha dado un feliz resultado y así como hoy han ido en busca del tesoro, mañana irán en busca vuestra, para prender á vuestros compañeros. No os podeis fiar de nadie, D. Fernando, pisais un terreno falso; solo en la fuga está vuestra salvacion.

Todavía replicó D. Fernando, y una y otra vez Branca d' Oria insistió en la necesidad de que el hijo del conde se ausentára, recurriendo á todos los medios y argumentos que le sugirió su astucia, hasta que por fin el primero le ofreció que accederia á sus deseos con la condicion de ver una sola vez á su padre y dándole recursos para que la familia de María pudiese seguirle.

—Sea, dijo el jesuita. Os concedo cinco minutos despues de haber anochecido para que os despidais de vuestro padre y tomaré á préstamo cincuenta doblas de oro para que marcheis en compañía del lapidario y de su hija; pero habeis de darme poderes bastantes para que pueda gestionar en vuestro nombre durante vuestra ausencia.

—Está bien, contestó D. Fernando. ¿Dónde os hallaré despues de haber anochecido?

—Yo os saldré al encuentro: un coche os esperará cerca la casa de vuestro padre.

El jesuita y el hidalgo se separaron. D. Fernando pasó el resto del dia en casa del lapidario haciéndole partícipe de sus planes del porvenir y de la necesidad de su ausencia, aunque sin revelarle el verdadero motivo. El anciano no tuvo inconveniente en seguir la suerte de D. Fernando. Se acordó que su esposa permanecería en la casa, mientras que María seguiría á su padre adoptivo.

Mientras D. Fernando y el lapidario hacian los aprestos de viaje, Fr. Guillermo se hallaba en el gabinete de D. Diego.

—¿Qué habeis hecho de D. Fernando? habíale preguntado el monje. ¿Qué significa esta carta ambigua y misteriosa que me habeis escrito? ¿Habeis olvidado los derechos que teneis sobre su persona?

Don Fernando, habiale contestado D. Diego, corria á su perdition y he hecho cuanto ha sido posible para evitar que así fuera. La ambicion le habia cegado, el amor le habia corrompido, las deas disolventes de nuestro siglo y que á la incauta juventud pervierten, le habian seducido. En vano mi director espiritual y amigo íntimo Fr. Julian carmelita le habia amonestado; desoyendo mis consejos y sus consejos, dejábase llevar por sus pasiones; preciso fué apelar al rigor saludable. Perded cuidado; al presente se halla en poder de los franciscanos, quienes cuidarán de encaminarle por la senda de la virtud. Podreis vos ausiliarles en esta santa obra y contribuir á que se decida á tomar el hábito. He aquí porque os he escrito que vinierais despues de diez y seis años de ausencia. Todavía mas: á fin de que al mozo no le quedára ninguna esperanza, he hecho cesion formal de todos mis bienes á favor de la comunidad á que pertenece ese reverendo padre á quien tengo el gusto de presentaros.

En aquel momento acababa de entrar Fr. Julian en ademan pensativo y melancólico. Hizo una fria reverencia al monje gerónimo y se sentó en un sillón, como pudiera hacerlo en su propia casa. D. Diego, acercándose á él en ademan humilde, le dijo:

—Decid, padre, ¿qué ocurre de nuevo? Ya podeis hablar sin recelo. El religioso que veis aquí presente es un pariente forastero y está enterado de todo. Se interesa como yo mismo por mi dicha y tranquilidad. Hacia muchísimo tiempo que no nos habíamos visto.

—Pues bien, he sabido de un modo que no deja lugar á la menor duda que vuestro hijo no se halla en el convento de San Francisco.

—¿Dónde se halla pues? exclamó D. Diego con sorpresa.

—No lo sé de positivo, pero me lo presumo.

—Entonces yo sé mas que vos, padre, aunque soy forastero y hace únicamente doce horas que me hallo en la poblacion. Don Fernando se halla encarcelado en la Inquisicion.

—Es posible! dijeron á la vez el conde y el carmelita.

—Pronto saldremos de duda, repuso el gerónimo. Hacedme el obsequio, D. Diego, de mandar un recado al reverendo padre guardian de franciscanos para que inmediatamente venga aquí por un asunto urgente.

El conde salió para dar la órden y entretanto el gerónimo tomando del brazo á Fr. Julian le dijo rápidamente al oido.

—Habeis abusado de la bondad del conde de un modo inícuo. D. Fernando de Monforte no puede ser fraile; ni él lo desea, ni yo lo quiero; por consiguiente es preciso que renunciéis ahora mismo á la donacion que de sus bienes os ha hecho don Diego. Estos bienes pertenecen á su hijo; sí, á su hijo exclusivamente y si vos ó vuestra órden negase la restitucion que reclamo, seriais unos ladrones, porque se los robariais.

El carmelita quedó aterrado al oir aquellas palabras. Desde luego conoció que tendria que habérselas con un rival tanto mas poderoso cuanto era pariente del conde; pero no por esto se hubo de confesar vencido; por el contrario, resolvió defender hasta el último extremo la adquisicion de los bienes del conde.

—Desprecio vuestras palabras para no mover un escándalo en esta casa respetable. Sin embargo séame dado recordaros que el conde es muy dueño de sus acciones, y que yo no tengo ni quiero tener el honor de conoceros.

—¡No quereis promover un escándalo y vais á provocarlo con vuestra altanería! Quería evitar un disgusto al conde, mas puesto que os empeñais en martirizarle, sea enhorabuena.

En aquel momento entró D. Diego. Fr. Julian habia tomado asiento en un ángulo de la sala; Fr. Guillermo permaneció de pié paseándose á largos pasos.

—Me habeis dicho, conde, si mal no recuerdo, que para decidir á D. Fernando que abrazára la vida monástica habeis legado vuestros bienes de fortuna á los carmelitas. Vos al tomar semejante resolucion, olvidariais sin duda nuestros antiguos pactos de familia.

—Ya os dije, contestó D. Diego, que lo hice para la salvacion de D. Fernando.

—Está bien; pero no entran en mis planes estos medios. Vos recordais que me prometisteis hace diez y seis años que vuestros bienes de fortuna serian los bienes de D. Fernando despues de vuestra muerte, y que nada resolveriais acerca de su estado y destino sin consultármelo antes y obtener mi aprobacion en calidad de vuestro mas próximo pariente.

—Y lo he cumplido; por esto os he escrito la carta que os ha hecho venir aquí.

—No lo habeis cumplido, D. Diego; y si lo habeis hecho ha sido despues de haber tomado una resolucioin que no apruebo en modo alguno. Vos sois muy dueño de dar en vida vuestras rentas á quien mejor os plazca: no me opongo; pues estais en vuestro derecho. Los frailes carmelitas pueden darse por muy satisfechos de vuestra largueza y generosidad, y D. Fernando debe callarse en presencia de tanta bondad.....

—Reverendo padre, exclamó Fr. Julian levantándose de su asiento, los carmelitas no intrigan, y si el conde les ha dado y quiere darles lo que le pertenece, vos mismo lo acabais de decir, está en su derecho.

—Padre reverendísimo, repuso el gerónimo, estoy en el uso de la palabra, y no debo permitir que me interrumpais: por espacio de muchos años habeis hablado solo; ahora me toca á mí.

El carmelita se mordió los labios y el gerónimo prosiguió.

—Decia pues, D. Diego, que en un momento de olvido sin duda, no habeis tenido presentes nuestros pactos sagrados, pactos que cuando D. Fernando era todavía muy niño, despues de haberlos admitido de un caballero que nunca falta á su palabra, me renovasteis por escrito.

—Es verdad, contestó D. Diego, y si he faltado repito que...

—No hay necesidad de que me repitais porque habeis faltado; me basta la confesion de la falta. Ahora reclamo únicamente el arrepentimiento y la buena voluntad de la enmienda.

Después de haber pronunciado estas palabras, se sentó el gerónimo delante de la mesa de escribir de D. Diego, trazó rápidamente algunas líneas en un papel, cruzó la estancia y se las dió al criado que habia en la antesala. Entretanto su rival aprovechando la momentánea ausencia del monje:

—No debo permitir, conde, exclamó encendido en cólera, que este hombre os humille hasta este punto. Si vuestra voluntad es que vuestro patrimonio pase después de vuestra muerte á los religiosos, lo mismo da que estos se llamen carmelitas que gerónimos. Este monje, no lo dudeis, es un ambicioso.

—Estais en un error, hermano, contestó Fr. Guillermo, que habia podido oír aquellas últimas palabras: yo en particular y mi convento en general, somos bastante ricos y poderosos para que tengamos necesidad de ir á hacer fortuna en casa de los condes. Aquí he venido yo á reclamar el cumplimiento de una promesa, y recordar á un padre lo que debe á su hijo. Nada quiero para mí ni los míos: todo sí para D. Fernando. Vais á verlo.

En aquel momento entró la persona que por conducto del criado del conde habia mandado á llamar el monje gerónimo.

—Tomad asiento, señor escribano, djíjole éste, y estended una declaracion formal en que conste que el señor conde D. Diego de Monforte lega la universalidad de sus bienes para después de su muerte á su hijo D. Fernando, anulando para ahora y en adelante cuantas donaciones haya hecho y pudiera hacer en favor de otras personas que no fuesen su hijo y sus descendientes.

Viendo el carmelita que D. Diego permanecía callado, exclamó:

—Señor escribano, es inútil que os tomeis la molestia de redactar esta acta. Ni el señor conde, que es el dueño de la casa os lo manda, ni firmará. Podeis retiraros.

—Señor escribano, os ruego que no deis crédito á las palabras de este fraile. En nombre del señor conde os reclamo vuestro ministerio. D. Diego de Monforte suscribirá el documento del que dareis fé.

—Será nulo, porque será fruto de la violencia.

—Será válido, porque destruirá el engaño.

—¡Sois un impostor!

—¡Vos un malvado!

—¡Alabado sea Dios! dijo la voz del guardian de franciscanos, quien en el momento en que el monje y el fraile iban á llegar á las manos con gran sentimiento de D. Diego, entró en la sala. ¿Qué ocurre de nuevo? ¿Qué escándalo es este? ¿Os disputan acaso Fr. Julian la herencia del conde? Esto os habrá venido de nuevo cuando os considerabais ya seguro en su posesion. Ya veis que no somos ahora nosotros, pobres mendicantes, que nada podemos adquirir, quienes os hacemos la guerra.

El tono de sarcasmo y de mofa con que fueron pronunciadas aquellas palabras, exasperaron hasta tal punto al carmelita, ya montado en cólera por el ataque brusco del gerónimo, que sin duda todo el peso del furor que iba á descargar sobre este último lo hubiese sentido el franciscano, á no haberse interpuesto Fray Guillermo, que con entereza y tono magistral exclamó poniéndose entre los dos frailes:

—Basta ya de denuestos: ni carmelitas ni franciscanos se llevarán la manzana de oro: tal es la última voluntad del conde, voluntad que quedará consignada en el documento que está estendiendo el escribano que veis aquí presente, prosiguió señalando al franciscano el funcionario público.

—¿Y á nosotros que nos importa? dijo el fraile con desprecio. ¿Y por esto me habeis llamado? preguntó al gerónimo.

—No es este precisamente el motivo porque nos hemos tomado la libertad de incomodaros. Bueno es sin embargo que lo sepais, en tanto que nos decís como á jefe del convento, ¿qué habeis hecho de la persona de D. Fernando de Monforte?

—Siento vivamente no poder dar una respuesta satisfactoria á vuestra pregunta. D. Fernando despues de haber permanecido algunas horas en el convento; despues de haberse reconciliado conmigo de un modo que no me dejaba la menor duda de que

queria muy de veras vestir vuestro santo hábito, me pidió y le concedí permiso para que fuese á despedirse de su padre y de otra persona que me dijo serle muy cara. Salió, pero no ha vuelto á entrar hasta estas horas en el convento. Ni es posible que entre, añadió por lo bajo, porque los pozos de la Inquisicion se lo impedirán.

—¿Y no podriais decirnos, prosiguió el gerónimo con la mayor sangre fria, si tal vez por equivocacion pudo ser trasladado don Fernando desde el convento á la Inquisicion?

—Este monje, evocado al parecer del averno, lo sabe todo, añadió para sí el franciscano; con todo, preciso es disimular hasta el último extremo: nadie me gana en finir.

Luego prosiguió en alta voz:—Vuestra pregunta es muy extraña, reverendo padre, y permitidme que me retire, porque deberes muy imperiosos me llaman al convento.

—No saldreis, vive Dios, hasta que me devolvais á D. Fernando, ¿lo entendeis? Basta ya de fingimiento. Ahora mismo; sin movernos de este sitio, vais á escribir al Inquisidor general que devuelva la libertad al hijo de D. Diego ordenando que sea conducido á esta casa.

—A mí nadie me manda, señor monje, como no sea un superior mio, y vos sois un simple religioso á quien, permitid que os lo diga, os falta la prudencia necesaria. Quedaos con Dios....

—Deteneos; me restan que deciros algunas palabras.

Fray Guillermo se dirigió entonces al escribano y le dijo:

—¿Habeis terminado?

—Sí, reverendo padre; ved si os está conforme.

—Vedlo vos, Fr. Julian, ya que sois el director espiritual de mi pariente. Y vos, señor escribano, podeis retiraros. Salid tambien vos, D. Diego.

El carmelita en vez de acceder á aquel mandato, dió un paso para retirarse.

—Ya que no quereis obedecerme, tampoco quiero acceder á vuestro deseo; ni uno ni otro saldreis.

—Los dos frailes, enemigos un momento antes, se aliaron sin proferir una palabra para combatir al enemigo comun. Ambos en ademán amenazador dieron un paso hácia Fr. Guillermo, que se hallaba entre ellos y la puerta.

—¡Atrás! les gritó con voz de trueno y amartilló dos pistolas que sacó de repente del fondo de las mangas de su hábito.

El carmelita y el franciscano quedaron aterrados.

—Vos, Fr. Julian, volved á tomar asiento: solo exijo de vos, que seais mudo espectador, silencioso testigo de lo que vereis y oireis; y vos, reverendo padre guardian, si no quereis que os levante la tapa de los sesos, cosa que estoy muy resuelto á hacer, me devolveis inmediatamente á D. Fernando, esté en la Inquisicion, esté en el infierno!

Obedeció el carmelita, pero no así el franciscano, quien estaba en la íntima conviccion de que el hijo del conde habia perecido en las cárceles de la Inquisicion. La restitution que le exigia el monje pistola en mano era imposible; revelarle el motivo de su negativa, era hacerse todavía mas reo; por consiguiente su situacion no podia ser mas desesperada. Entonces, como acostumbran los cobardes, apeló á la súplica y á la humillacion, negando completamente que hubiese tenido participacion en la prision de Don Fernando.

—¡Malvado! exclamó fuera de sí Fr. Guillermo, vuestra porfía negativa me hace sospechar que habeis obrado villanamente. Tal vez D. Fernando no exista ya; pues bien, yo le vengaré con vuestra sangre. Preparaos á morir, que no puede haber perdon para un asesino.

El franciscano, con las manos cruzadas y doblando la rodilla, se prosternó ante Fr. Guillermo, pidiendo perdon y temblando de todos sus miembros.

—¡Nó, vil serpiente, no te arrastres: devuélveme á D. Fernando! ¡ah! devuélvemelo!

Y el furioso monje, con el semblante desencajado, con los ojos saliéndole de las órbitas, apuntaba con la pistola la cabeza del

franciscano prosternado á sus piés. Por último levantando los ojos al cielo, exclamó con acento desgarrador.

—¡Perdon, Dios mio! ¡Fernando, yo voy á vengarte!

En aquel momento se abrió de repente la puerta del gabinete y el hidalgo entró acompañado de su padre.

—Aquí teneis á D. Fernando, exclamó el conde, á quien la emocion de que estaba poseido apenas le dejaba hablar.

Al oir aquellas palabras, el monje arrojó un grito de gozo y corrió á estrechar entre sus brazos al jóven. Despues de haberle cubierto de besos y estrechado repetidas veces contra su pecho, exclamó:

—¡Ah! no me engañaba el corazon. D. Roberto era.... era D. Fernando. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

El monje, atento solo á D. Fernando, no habia observado que el carmelita y el franciscano habian desaparecido. Cuando despues que hubo dado curso á la expansion de su corazon notó su ausencia, dijo al hidalgo.

—Dios os ha conducido de su mano: un momento mas y el guardian de franciscanos dejaba de existir. Iba á vengaros dándole muerte.

—Tomad, díjole el hidalgo entregándole la carta que el fraile habia escrito al Inquisidor; ahí teneis la sentencia de muerte que fulminó contra mí, y que sin el ausilio del amigo que visteis en casa de Doña Cecilia, se hubiese cumplido irremisiblemente.

—Ahora me pesa que llegaseis tan pronto; pero yo tarde ó temprano me vengaré de este hombre. Ahora vámonos, que todo es de temer de estas gentes. D. Diego, añadió el monje, dirigiéndose al conde, tomad, leed este escrito y conoced de una vez toda la depravacion de corazon de estas gentes. Y atended que esto os lo dice un monje.

—Ya no les daré mas oidos: tomad, prosiguió dirigiéndose á la mesa donde habia el escrito del notario, y firmándolo con resolucion; ahí teneis suscrita la donacion que os ofrecí y que

cumpro fielmente. Llevaos á D. Fernando; yo tal vez no podria defenderle como vos lo hareis.

Aquellas tres personas abrazadas estrechamente confundieron durante algunos instantes sus lágrimas y sus sollozos: la gratitud, el amor paternal y filial arrancaban aquel llanto y exalaban aquellos suspiros.

—Vámonos, dijo por fin el monje; todavía Dios es sobrado misericordioso para perdonarme mis enormes pecados. ¡Gracias, Dios mio, gracias! Una sola cosa me falta en este mundo para que sea completamente feliz.

Cuando el monje y D. Fernando, despues de haberse despedido por última vez de D. Diego, se disponian á salir del aposento, los tres quedaron sobrecogidos de horror al ver aparecer en el dintel de la puerta á los esbirros de la Inquisicion. El tribunal del Santo Oficio por segunda vez habia allanado la casa del conde; pero esta vez, sin atender á ningun ruego, inexorable y severo el juez de oficio, arrancó de los brazos del conde y de Fr. Guillermo al hidalgo. Contra la fuerza superior no hay resistencia posible: el monje se hubiese perdido sin fruto queriendo salvar al jóven.

Fr. Julian y el franciscano no habian aplazado su venganza: los dos habian corrido á la Inquisicion y á sus vivas instancias los esbirros no habian perdido momento para ir á apoderarse del fugitivo; todavía habian llegado á tiempo: la muerte de D. Fernando estaba decidida; sabíanlo muy bien tanto él, como el conde y el monje. Inutil es, pues, ponderar la aficcion de los tres. Otra vez corrieron sus lágrimas; pero aquellas lágrimas eran tan amargas como estériles.

—¡Siempre desgraciado! decia para sí el monje. ¿Por qué soñé yo un momento en la dicha? ¡Ah! Dios me castiga y debo humillarme ante su justicia. Mucho he sufrido en este mundo; pero todos los tormentos de mi vida, no son comparables con los que destrozán ahora mi corazon! Dios es justo, Dios es grande!

Pronto sabremos cuanta verdad encerraban las palabras del

monje, y con cuanta razon debia inclinar reverente la cabeza, sin murmurar ante aquél que conoce hasta los secretos mas recónditos del corazon humano.

De repente Fr. Guillermo enjugó el llanto. Dijérase que el altivo monje se avergonzára de haber derramado lágrimas. Impávido y resuelto adelantó hasta el Inquisidor, diciéndole:

Don Fernando de Monforte se halla bajo mi proteccion, bajo la salvaguardia de un monje gerónimo, so el manto de la religion; ay del que se atreva á tocarle!

Y el monje cubrió con su capa una parte del cuerpo del hidalgo.

—Reverendo padre, contestóle el juez, ante el rey y la Inquisicion, en cuyo nombre ejerzo la delegada autoridad, todo cede. No de vuestros brazos, sino del pié del altar, del sagrado asilo, abrazado á la mas santa de las imágenes, arrancaria á ese jóven. Señores cumplid con vuestro deber, añadió dirigiéndose á los esbirros.

Los familiares del Santo Oficio, que eran numerosos, adelantaron un paso; pero la actitud imponente del monje, los detuvo.

—¡Atrás, cobardes, ú os abraso las sienes!

En su desesperacion, Fr. Guillermo habia apelado una vez mas á las armas de fuego. D. Fernando estaba maravillado en presencia de tanto heroismo. Su mente se perdia al ver tanto arrojo y una proteccion tan decidida. Por lo que hace al conde, se hallaba en brazos de sus criados. Aquel pobre anciano sufría los mas crueles tormentos.

De seguro que el monje hubiese cumplido sus amenazas sin la inesperada aparicion de Branca d'Oria. Cansado éste de aguardar á D. Fernando en las inmediaciones de su casa, tan astuto como osado, habia resuelto ir en persona á recordarle su promesa y arrancarle, si preciso fuera, del poder de los frailes.

—Paso, señores, dijo el jesuita, á quien solo por su voz pudo reconocer D. Fernando, porque su rostro y su traje estaban completamente demudados.

—Es mi salvador, dijo el hidalgo al oído del monje.

Fr. Guillermo salió á su encuentro y como si le tardase el momento de conocer el motivo de su venida, exclamó:

—Seais bien venido, amigo. Llegais en un momento muy crítico. ¡Mirad! Aquí está la Inquisicion reclamando á D. Fernando.

—Pues entonces seremos dos los reclamantes: yo y ella; y dispensad, Sr. magistrado, que me ponga en primer lugar, porque espero que acatareis sumiso las órdenes que debo comunicaros de parte del Sr. Inquisidor general.

El juez hizo una respetuosa reverencia.

—Mandad retirar á vuestro acompañamiento, en tanto que hablo un momento á solas con el hidalgo; luego estaré con vos.

Accedió el inquisidor á la demanda del desconocido, aunque sin perderle de vista.

—D. Fernando, díjole al oído el jesuita llevándolo á un extremo de la sala, vengo á reclamar el cumplimiento de vuestra promesa. Todavía teneis tiempo para elegir: la libertad y la dicha conmigo; la cárcel y la muerte con los inquisidores. Ved si yo decia bien que corriais grave peligro.

—Estoy resuelto: os sigo.

—Me firmareis los poderes.

—Os los daré.

—¿Me prometeis fé, amistad y gratitud?

—¿Cómo quereis que yo sea nunca ingrato con el que me salvó una vez de una muerte cierta?

—Pues bien, voy á salvaros por segunda vez, y cien veces os libertaria si cien veces os vieseis en grave peligro. Dadme la mano.

—Ahí la teneis, hombre admirable, dechado de hidalguía.

D. Fernando no conocia que se daba á un jesuita, ante quien, como dijimos ya, no existen imposibles.

Branca d'Oria al dirigirse al Inquisidor dijo para sí:

—Ya es mio: triunfé.

Luego añadió en **alta voz**, mostrando un pliego de papel cuyo

contenido estaba autorizado con el sello del Santo Oficio y la firma del Inquisidor general.

—Enteraos, Sr. Juez, de este documento.

Branca d'Oria le habia entregado el perdon que habia dado el lego franciscano al fingido miembro de la sociedad patriótica para delatar á D. Fernando, cuyo nombre ocupaba el lugar que habia dejado en blanco el Inquisidor. Así el jesuita salvaba al hidalgo con una mano, mientras que con la otra lo habia perdido; pero entre uno y otro acto mediaba una conquista, un triunfo: así al menos se lo creia el afiliado secreto de la Compañía de Jesus.

—Este documento está en debida forma, dijo el Juez haciendo una profunda cortesía y haciendo seña á los esbirros que le siguieran. —Se me figura, decia para sí al bajar la escalera de la casa del conde, que no tardaré en volver á subir estos escalones en busca del fraile de las pistolas. La comision no será muy grata, pero yo tomaré mis precauciones.

Ya solos D. Diego y su hijo, Fr. Guillermo y Branca d'Oria, este último dijo al segundo.

—D. Fernando, no perdamos momento; despedios de vuestro padre y de este religioso que al parecer tanto se interesa por vos, y marchémonos.

—¿Y á donde vais? preguntaron á la vez el conde y el monje.

—Lo ignoro, contestó D. Fernando: solo sé que corro á la dicha.

—D. Fernando, exclamó el monje, si partís lo hareis conmigo.

—¿Debo obedecerle? preguntó el hijo del conde al italiano.

—¡No! contestó secamente éste.

—Ya lo habeis oido.

—¿Y qué poder tiene este hombre en vos?

—Le estoy vendido en cuerpo y alma, contestó D. Fernando sonriéndose.

—¿Qué oigo! prorrumpió frunciendo el entrecejo el monje, que tenia algo de supersticioso. Si ese hombre que me pareció otro en casa de Doña Cecilia, que se cuele por las puertas á lo mejor

de la ocasion, que llega en el momento mas oportuno, y que saca de su faltriquera documentos que hacen retroceder nada menos que á los inquisidores, fuese tal vez... ¡oh! que horror! D. Fernando, huid de ese hombre y santiguaos.

D. Fernando ya no pudo oirle. Mientras al monje se le ocurría que el hidalgo pudo haber hecho un pacto con Satan, y se afirmaba en su idea por lo que habia visto y oido, Branca d'Oria, que si no era hijo de Belial, tenia todas sus malas mañas, le habia dicho al oido:

—De un momento á otro pueden volver los familiares de la inquisicion, y el lapidario y su hija aguardan á veinte pasos de aquí en un coche de camino.

Aquellas palabras habian producido un efecto mágico. Dificilmente el jesuita pudo alcanzar en la calle al hidalgo.

Tambien siguió apresuradamente sus pasos el monje y logró divisar el coche en el que subian D. Fernando y su misterioso acompañante. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, pero el coche arrancó y en vano Fr. Guillermo intentó seguirlo. Rendido por la carrera que habia dado, se sentó en uno de los poyos que habia á la entrada del pórtico de una iglesia que se encontraba en su camino.

—¡Maldicion! exclamó; despues de haberle salvado de los frailes y de la Inquisicion, me lo arrebató el demonio.

—Allá va, reverendo padre, dijo una voz que salió del fondo del pórtico.

—¿Quién? ¿D. Fernando? exclamó el monje, á quien preocupaba una sola idea y poniéndose rápidamente de pié.

—¡Que D. Fernando, ni que niño muerto! contestóle un mendigo que se destacó de las tinieblas del pórtico. Vos hablabais de la Inquisicion y es sabido que al mentar el rey de Roma, luego asoma. Mirad como los grajos y los cuervos atraviesan volando la plaza. Algo habrán husmeado; libera nos, Domine. ¡Una limosnita por amor de Dios!

El monje despues de haberse convencido por sus propios ojos

de lo que decía aquel hombre, metió mano en el fondo de su manga, sacó apresuradamente un bolsillo, estrajo una moneda de plata, dióselo al mendigo y le dijo:

—Tomad esto por ahora; seguid con disimulo á los esbirros del Santo Oficio y volvedme á decir donde hayan entrado. Si satisfacedis debidamente mi curiosidad habrá doble propina.

El mendigo, que arrastraba el pié y se apoyaba penosamente en una muleta, la arrojó en el fondo del pórtico y echó á correr como un galgo.

Diez minutos despues estaba de vuelta.

—Esta vez los inquisidores han perdido el olfato ó la pista. Por uno de estos hechos fabulosos que no pueden comprenderse ni se esplican, aquellos señores han entrado y salido dos veces de casa de un conde y ambas veces se han vuelto rabo entre piernas tan corridos.

—Basta, díjole Fr. Guillermo con seriedad; tomad y no murmureis. Y penetró con paso rápido en el laberinto de callejuelas que habia á la espalda de la iglesia.

—Bien dijo el mendigo, decía para si al entrar en casa de doña Cécilia; los inquisidores han ido por lana y se han vuelto trasquilados. Queriendo salvar á D. Fernando, me he salvado á mí mismo. Mañana pondremos entre ellos y mi persona algunas leguas de distancia.

Mientras que Fr. Guillermo hacia estas y otras reflexiones, el guardian de franciscanos tranquilizado ya del terrible susto por el que habia pasado y gozándose anticipadamente en su venganza, decía para sí apoyando su barba en la diestra y su brazo izquierdo en el basamento de una de las columnas del claustro superior.

—¡Tres contra uno! la lucha no es igual pero la victoria es más gloriosa!



SEGUNDA PARTE.

I.

Una historia del corazón humano.



NECESARIO es, para que el lector pueda apreciar debidamente algunos hechos pasados y penetrar la misteriosa conducta que con D. Fernando guardára el monje gerónimo, que le reframos con la brevedad posible una historia que derramará muy clara luz en lo que importa conocer.

No siempre la riqueza y los honores contituyen la felicidad humana; por el contrario frecuentemente acontece que el talisman del oro y el brillo de los títulos, convirtiendo en realidades cuanto la imaginacion puede concebir, pervierten los mas puros sentimientos, borran las mas constantes virtudes y engendran los mas detestables vicios. El querer y el poder han hecho muchos mas desgraciados que la voluntad reprimida por la falta

de medios. ¡Quien sabe si muchas virtudes se han conservado inalterables, si muchos corazones han permanecido incorruptibles, no tanto por su fortaleza como por la falta de seducción y tentaciones!

Veinte años antes de los hechos que vamos narrando existía en una de las capitales mas pobladas y ricas de la península ibérica, una familia noble, rica y poderosa. Esta familia contaba con un solo vástago que un día debía heredar los cuantiosos bienes de sus padres. Este vástago era un mozo en la edad todavía de la adolescencia, de un corazón ardiente y de un alma entusiasta; pero quien merced á la esmerada educación que se le había dado y á la vigilancia severa de su padre, forzoso le era reprimir los vuelos de su imaginación. Por su desgracia hubo de faltarle aquel padre salvador, y el mozo, al verse libre y en posesión de su patrimonio en su calidad de mayorazgo, sin freno que lo contuviera, ni maestro á quien quisiera obedecer, se lanzó al mundo dando oído á todas sus seducciones. La naturaleza le había dotado de una arrogante figura y la educación esmerada que había recibido y el roce de la alta sociedad, le habían dado aquellos finos modales que solo se aprenden en edad temprana. El noble jóven, pues, estaba resvestido de todas las seducciones posibles para brillar en el gran mundo. Todas las puertas y todos los corazones le fueron abiertos, y el jóven neófito se lanzó al gran mundo con todo el ardor de las pasiones juveniles. Pronto fué preso en uno de sus numerosos lazos, y su inesperienza lo hizo esclavo de su poder. Un rostro mas hechicero que los demás, una voz mas dulce que cuantas hasta entonces había oído, fascinaron sus sentidos, y el rico mayorazgo, cuando menos lo imaginaba, quedó preso en las redes de amor; no de ese amor que tiene su asiento en el alma y cual fuego sacro arde su llama sosegada y tranquila, sino de ese ardor de los sentidos, mal llamado amor, tanto mas temible cuanto es menos puro.

Don Guillermo, porque forzoso nos es por fin nombrar á nuestro héroe, no tardó en unirse con los indisolubles lazos del ma-

rimonio con la jóven que habia enardecido sus sentidos confundiendo la pasion con el amor. En vano fueron las amonestaciones de sus parientes, los consejos de su madre y la voz de la amistad: ante la voz del hidalgo todas las voces debian enmudecer; ante su inflexible voluntad todo debia ceder. Casóse con la jóven de humilde cuna y durante algunos momentos fugaces se consideró feliz; mas desgraciadamente para la jóven, que era un dechado de belleza física y moral, pronto cayó la venda que habia cegado al amante: la llama ardiente fué estinguiéndose rápidamente y el esposo apasionado no tardó en trocarse en amigo indiferente.

Entonces dió comienzo una dilatada serie de actos sublimes de abnegacion y resignacion cristianas. Tanto como D. Guillermo, seducido por nuevos encantos, hechizado por nuevos atractivos, llevado por otras pasiones, se desviaba de su esposa, crecia mas y mas el amor de ésta y con su amor sus tormentos y mortales angustias.

En vano Dios bendijo el fruto de su union concediéndoles un hijo. Aquel vástago, lejos de colmar los deseos del padre, avivó su aversion á la madre. El orgullo de raza apagó el grito de la naturaleza: la voz de las pasiones fué mas poderosa que la del deber conyugal. El hidalgo apagaba los remordientos que no podian menos de nacer en su conciencia, proclamando á voz en grito que se habia abusado de su juventud, aceptando un amor que no podia dar, que no correspondia á una mujer plebeya, y que su hijo era indigno de recibir sus caricias.

En aquella ocasion el hidalgo, para dar pábulo á sus locos devaneos y borrar sus yerros, empezó á dar cabida en su corazon á la perversidad y á los malos sentimientos, frutos siempre de un alma corrompida. ¿Qué puede una infeliz mujer ante una voluntad de hierro como la de D. Guillermo? Toda lucha es esteril; todo esfuerzo impotente. Sin duda el corazon de aquella madre debió decirselo así: no obstante resolvió luchar, empleando por todas armas el cariño, por todo medio la constancia, por todo esfuerzo el amor. ¿De cuanto no es capaz una mujer que idolatra á su es-

poso como la esposa de D. Guillermo le idolatraba? Sin mas apoyo que sus débiles fuerzas, sin mas consejo que su natural instinto, porque, despreciándola su esposo, todo el mundo huia de ella, se humilló, consagróse noche y dia como esclava fiel á adivinar los mas necios caprichos de su señor y satisfacerlos en todo cuanto su honor y su decoro se lo permitian; fué humilde en su busca cuando la huia y hasta inclinó sumisa la frente cuando la maltrataba.

Tanta virtud, tanta resignacion, tanto amor, en fin, lejos de obtener el menor premio, exasperaron mas y mas á D. Guillermo, quien, despues de haberla colmado de desprecios y ultrajes, acabó por abandonarla enteramente. Pero aquella muger heroica no por eso se desanimó, ni renunció á llamar una vez mas al corazon de su indigno esposo. Habia prometido hacerle el sacrificio de su propia existencia si necesario fuera y estaba resuelta á consumarlo.

Una noche que D. Guillermo despues de haber consumido mucho dinero y muchas horas en un lúbrico festin, encontró á su esposa con su hijo en los brazos, que pálida, aterida por el intenso frio que reinaba y cuasi desfallecida le aguardaba en el umbral de la casa de la Mesalina donde se habia celebrado la orgía, tan solo para verle, para oirle y decirle una vez mas que moria de amor por él y que sin su presencia era para ella el mundo un vasto desierto; el desatentado hidalgo, aquel hombre fiero, la escarneció llegando á confundirla con las viles meretrices en cuya compañía habia estado largo tiempo. Muda y silenciosa la jóven, no por esto se quejó; estaba tan acostumbrada á toda suerte de vituperios, insultos y denuestos, que para aquella alma llagada no era posible hacerla mayor daño.

—Yo te adoro, Guillermo mio, le dijo con voz desfalleciente; todo te lo perdono, todo lo olvidaré si una sola vez me dices que me amas, que me compadesces, que te acuerdas siquiera de mí y de este tierno infante huérfano de las caricias paternas, que levanta á tí sus manos suplicantes, y como yo implora compasion y amor.

—En vano será que me persigas, contestóle aquella hiena feroz: cuanto tu dices me amas, tanto yo te aborrezco: si un día te juré amor al pié de los altares, juré en falso: mis sentidos me engañaron y me arrepiento una y mil veces de haberte dado mi mano: te desprecio y abomino, y maldigo el día en que te ví por vez primera.

—¡Piedad, Guillermo, piedad de esta desgraciada!

—No; huye de mí, serpiente engañosa.

—¡Compasion al menos por tu hijo!

—¡Tomad! contestóle aquel Neron arrojando una bolsa á los piés de su esposa.

—¡Ah!

Con aquel ay desgarrador, con aquel grito de muerte volaba un alma angelical al cielo. Todo en lo humano tiene sus límites; el pecho mas esforzado, la voluntad mas constante, ceden al último golpe que les es dado resistir. Aquella alma noble hubo de doblarse al fin ante el mas cruel de los insultos: la llama del mas acendrado amor hubo de extinguirse al poderoso soplo del mas atroz de los escarnios.

Al grito sublime que lanzó su esposa al espirar, volvió la cabeza D. Guillermo y detuvo un momento su planta. En aquel instante salian del portal varios de sus amigos de orjías y desenfreno, algunos de los cuales hubieron de oír el ay postrero de la infelice esposa.

—Aquí teneis, señores, dijo uno de ellos, lo que son las cosas de este mundo, mientras unos rien otros lloran. Ahí teneis medio escondida en la sombra una pobre mujer que está sollozando de frio ó de hambre.

—En efecto, oí un grito al bajar la escalera.

—Y parece que se ha dormido.

—Acerquémonos y démosle una limosna. Justo es que borremos nuestros pecados haciendo una buena obra.

Don Guillermo, que algo apartado habia oido aquel diálogo, temeroso de que algunos de sus amigos no descubriesen

á su esposa, se apresuró á adelantarles y le arrojó la capa.

—Le he dado limosna y no la ha querido; tendrá frio; vámonos.

—Pues si está helada como un cadáver, dijo el mas curioso que se habia acercado tomándole la mano.

—Mirad , mirad como debajo la capa asoma una linda cabeza de niño, añadió otro.

—La mujer, señores, está muerta, prosiguió el primero examinándola atentamente.

—¡Vámonos! exclamó con voz imperiosa D. Guillermo.

Al menos llevémonos al niño.

No por amor paternal en aquel momento, sino temeroso de que no se divulgase el lamentable fin de su esposa, el ínclito hidalgo añadió:

—En horabuena, llevad al niño, yo me encargo de él.

—Bravo, D. Guillermo, exclamaron en coro sus amigos: siempre noble, siempre generoso.

El niño fué dado á un criado de confianza: el cadáver de la esposa de D. Guillermo fué retirado pocos momentos despues y enterrado misteriosamente.

Por lo que hace al infame esposo, al dia siguiente y al otro volvió á cantar trobas de amor en los festines nocturnos. Nadie le habló de su mujer, ni él se acordó mas hasta el dia que preguntaron por ella sus padres.

—¿Soy yo acaso su sombra? contestóles con desprecio.

Un noble de aquellos tiempos tenia carta blanca para todo y D. Guillermo no sufrió la menor estorsion.

Respecto á su conducta, cuando hubo apurado hasta las heces la copa del desenfreno, cuando la licencia no tuvo ya para él encantos, ó mejor cuando no halló en el goce material sensibilidad alguna, entonces el amor propio en su mas alto desarrollo produjo en él la vanidad y la ambicion con todos sus matices, desde la pasion por lo relumbrante y el lujo hasta la sed inmoderada de la celebridad, de los honores y de las conquistas. Fué

presumido, altanero y orgulloso, siempre dispuesto á admirarse á sí mismo y á creerse capaz de todo. Su firmeza no le dejó caer en el envilecimiento; pero la falta de bondad secó su corazón y engendró el egoísmo. Finalmente aquella perversion y la atmósfera por decirlo así, física y moral de que se había rodeado, alimentando por algún tiempo en su mas vivo ardor sus pasiones, lo esclavizaron hasta tal punto, que al creerse señor del mundo, conoció afortunadamente que era de peor condicion que el mas infeliz siervo.

Entonces se operó en él un extraño cambio, una reaccion frecuentemente observada en los que abusan de su poder: cayó de repente en el mas completo indiferentismo; y aquel corazón ardiente, aquella alma entusiasta, viéronse sumidos en la mayor frialdad y abatimiento. A la escitacion física y moral, sucedió la enervacion de todas las fuerzas, y á esta la melancolía y el abandono de todo deseo, de toda esperanza. El hombre que nada desea, que nada espera, es un ser muy desgraciado á quien la vida es enojosa y la existencia una pesada carga. Así es que D. Guillermo, el mas cumplido caballero de su tiempo, primero, y el mas vicioso de entre los hidalgos despues, corria gran peligro de terminar su tumultuosa existencia con el suicidio, sin el providencial socorro de un tío monje gerónimo, que mas bien por miras de interés de comunidad, que por la salvacion del cuerpo y alma de su sobrino, logró fijarle á su lado. Tan hábil como sagaz para obtener el logro de sus deseos, lejos de combatir de frente las causas de su postracion moral y desarraigar de su ánimo las ideas sombrías y funestas que empezaban á turbar su mente, dió pábulo en cierto modo á la llama de su desconsuelo y arraigó mas y mas aquellas ideas.

—Permaneced á mi lado, le dijo, y olvidad accidentalmente en el silencio de este retiro ese mundo engañoso, que si un momento os ha seducido con sus encantos, pronto habeis conocido que todo era en él ilusion y mentira.

—En efecto, yo creí que el hombre había nacido para dis-

frutar de todos los placeres materiales, y que al darle Dios la delicadeza de sus sentidos, lo habia hecho para que así como domina sobre todos los seres por su poder é inteligencia, los superase tambien por la exquisita sensacion de los goces.

—No te engañaste, sobrino mio, si tal imaginaste: ciertamente que el Criador dió al rey de todos los seres, los sentidos para que disfrutára su alma por la sensacion de todo lo que puede producir placer en el mundo esterno; pero tú en vez de usar de este don inapreciable, has abusado de él y del abuso ha nacido forzosamente la indiferencia y el hastio; como de una comida succulenta, nutritiva y abundantísima con la que no pueden las fuerzas estomacales, nace la indigestion y el mal estar. Si los goces que has apurado en breve tiempo, con parsimonia y mesura los hubieses disfrutado, de seguro que nunca, ó á lo mas muy tarde, hubieses llegado al triste estado en que ahora te hallas.

—Es verdad, tio, lo que me decís; pero ya son tardíos estos consejos: todo me enoja y fastidia, y nada del mundo es capaz de hacer revivir mi muerta sensibilidad. Soy un cadáver vivo á quien la muerte reclama como una presa que le pertenece. He vivido mucho en poco tiempo; no importa: he recorrido velozmente la carrera de la vida: nada me queda por gozar ¿por qué debo olvidar lo que ya no me puede dar ni pena ni placer?

—Estás en un error. Tú crees haber disfrutado todo cuanto hay que disfrutar en este mundo, y si bien se examina, solo has saboreado el placer, solo has vislumbrado la sombra de la felicidad. Y sino díme: ¿has amado de corazon alguna vez?

—He amado á veinte mujeres, á otros tantos caballos y perros, y tan de veras he amado á estos seres, que por cada uno de ellos hubiese dado la mitad de mi vida.

—Tú mismo te condenas: desde que amaste la segunda mujer, el segundo caballo y el segundo perro, y por él hubieses dado una parte de tu existencia, necesariamente debiste olvidar la primera mujer, el primer caballo y el primer perro,

muertos ó vivos, y así sucesivamente; por manera que lo que tú creías amor no era mas que capricho; tu pasión era ciega, porque se referia á los sentidos: tu alma nunca hubo de tomar parte en esos amores.

—Los he amado, tío, los he amado con todo mi corazón y con toda mi alma.

—¿Y existen todavía algunos de estos seres?

—Existen la mayor parte de las mujeres; los perros y caballos acabé por aborrecerlos, darlos ó venderlos.

—¿Y las mujeres las aborreciste también?

—Sí, las aborrecí una en pos de otra.

—¿Por qué?

—Porque las unas eran desleales, las otras ingratas, las más pérfidas, todas engañosas.

—Entonces la culpa no es suya sino tuya, por haber puesto tu amor en unos seres indignos de él. De seguro que si hubieses hallado quien te hubiese correspondido fielmente, tu amor, si es que verdadero amor fuera, no se hubiese estinguido. Un verdadero amor no se apaga hasta la tumba.

—Ello es que ese amor no lo he hallado nunca.

—En horabuena: no intentes buscarlo de nuevo: no insistas en hallar lo que no debes encontrar: el corazón no se manda; permanece á mi lado; yo te enseñaré como se disfruta de la vida; la calma de que nosotros gozamos restablecerá el sosiego de que tanta necesidad tienen tu alma y tu cuerpo.

El monje gerónimo logró persuadir á D. Guillermo. Aquel joven para quien el mundo habia agotado todas sus seducciones, entró en el monasterio rendido y postrado, como se hubiese lanzado á la tumba sin la mano que le habia guiado, sin la voz amiga que le habia aconsejado. Durante los primeros tiempos sus sentimientos no experimentaron sensible mudanza: si algun recuerdo conservaba, era un recuerdo amargo que le atormentaba; si alguna esperanza abrigaba, era la esperanza de un mayor reposo que solo debia hallar en el sepulcro. La gloria,

la embriaguez, el amor y las riquezas siendo el único foco de las esperanzas de todos los hombres y la sávia del árbol de la vida, estinguido aquel foco en el pecho del mancebo ¿qué podía esperar? Sin embargo no todo estaba perdido: la soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo. Andando el tiempo, D. Guillermo en el aislamiento del claustro sintió renacer las fuerzas de la juventud y como no hay cosa que á la larga canse mas que el no hacer nada, significó á su tío su deseo de entrar otra vez en el mundo.

—¡Vano intento! exclamó aquél. ¿Olvidaste ya las lecciones de la experiencia? ¿El náufrago que á duras penas logró alcanzar la orilla, será tan imprudente que intente arrojarse otra vez en el tempestuoso piélago?

—Necesito vida, aire y libertad: me es preciso algo que me ocupe: ahora mas que nunca siento un vacío en mi corazón: llenad este vacío y encadenadme despues si quereis.

—Comprendo muy bien la orfandad de tu corazón, y puesto que rechaza por indigno todo amor mundanal, yo he de llenarlo, si atiendes á mis consejos con un amor purísimo que lo sublimará dando cabida en él á las mas dulces fruiciones, y los goces del bien que ha de proporcionarte, nada del mundo es capaz de destruir.

—Recordad que no tengo fé ni esperanza.

—Al que pone toda la confianza en Dios, Dios le basta.

—¿Qué intentais decir?

—Hazte monje y consagra exclusivamente tu existencia á Dios: si solo nuestro contacto te ha reanimado cuando habias llegado á ser una estraña curiosidad de la muerte, si nuestro reposo te ha devuelto tu perdido reposo y dado fuerza para entrar de nuevo en una desatentada lucha, considera cuanto mayores serian tus bríos, cuanta tu pujanza, si siguieras nuestras prácticas, obedecieras nuestras reglas y te acomodases á nuestros hábitos.

—No quiero encadenarme: prefiero luchar y morir libre.

—¡Insensato! nunca serás mas esclavo que cuando estarás

dominado por tus pasiones; y atiende que si una vez te libraste de sus estragos, otra vez serás víctima de ellas.

—Sea, ya que este es mi sino fatal.

—Guillermo, el claustro te ofrece paz y dicha.

—Pero el hombre no debe matar los instintos de su alma.

—Ni atentar contra su vida como lo intentabas tal vez en tu loco frenesí.

Don Guillermo queria volver al mundo; el reposo habia rehabilitado sus fuerzas: las palabras del monje habian sido impotentes, el amor mundano dominaba en aquel corazon ardiente sobre el amor divino; las pasiones y los vicios le ofrecian mas encantos que las virtudes cristianas. Hubo de conocerlo el monje, y para que no se perdiese su alma en el vicio ó sus riquezas en la licencia, le tuvo un lenguaje muy diverso. Recurrió á la seduccion y empleó el alhago. El tio del mozo era un monje esperto como los habia muchos en aquellos buenos tiempos.

—Viste nuestro hábito, le repitió, y salvando los escollos del mundo gozarás de todas sus dichas.

—Vosotros sois intolerantes.

—Lo somos con los demás, mas no con nosotros mismos: solo exigimos prudencia, solo huimos del escándalo. Tú eres mi pariente y siendo monje serás mi hermano, doble título de proteccion y cariño; con mi prudencia supliré la que te falte; con mis consejos evitarás el escándalo.

—Yo soy caprichoso y la vida monótona que llevais me martirizaria.

—El monje es muy diferente del fraile; tiene á su disposicion algunos meses del año para satisfacer sus antojos y aquella licencia que es limitada hace que goce mas en aquel tiempo de asueto por decirlo así, que si disfrutase de completa libertad todo el año. El que todo lo tiene nada desea. Tú mismo lo has experimentado.

—Me complazco en la disipacion, y el monje no tiene tiempo ni medios para poder satisfacer esta pasion.

—Sus deberes no son muchos para que le priven de entregarse á las diversiones; sus recursos no son tan escasos para que no le permitan satisfacer un capricho.

—Soy pródigo y vosotros económicos; soy temerario y vosotros sobrado prudentes; soy vanidoso y orgulloso y vuestra regla os prescribe la humildad y la mansedumbre.

—Los recursos del monje nunca se agotan, ni su fortuna desaparece, ni sus bienes se estinguen; como de su libertad, hace de estas cosas el uso que puede, y cuando la prodigalidad es harto exigente, la carestía le mantiene vivo el deseo que alimenta la nueva adquisicion. Al hombre reflexivo, al ánimo constante, nada ó muy pocas cosas le son imposibles: el tiempo y la reflexion cambian al hombre temerario en hombre perseverante, si antes no han desaparecido las causas eficientes de su empeño. ¡Vanidad y orgullo! ¿Acaso tienen significacion estas palabras? ¡Orgulloso! ¿por qué y de qué? ¿Tu nacimiento? ¿La nobleza de tu cuna? ¿El blason de tus mayores? ¿Contribuiste tú acaso directa ni indirectamente al logro de estas cosas? ¿La robustez? no es siempre un mérito. ¿El valor? el tigre y la pantera tienen mas que el hombre. ¿Las riquezas? fué un acaso; las debes á la fortuna. ¿Los talentos? son fruto de una buena organizacion ó de una buena educacion que no te diste tú mismo.

—Tio mio, yo soy goloso y vosotros acostumbrais ayunar mucho; las libaciones mas ó menos frecuentes ahuyentan la tristeza y vosotros acostumbrais á no conocer mas líquido que el agua de la fuente.

—La gula, hijo mio, es un pecado capital: la comida que excede la cantidad que necesita y puede digerir el cuerpo, si se asimila cansa el estómago, carga la cabeza, entorpece los sentidos, condensa la sangre y hace dificultosas todas las funciones de la economía animal; y si no se asimila nos espone á la indigestion y á sus funestos resultados; es decir que en ambos casos arroja

uno el dinero para procurarse un veneno. Tambien son deplorables las consecuencias del exceso en la bebida. Entre el abuso que puede hacer el hombre de la facultad que Dios le ha dado de comer y beber, á la abstinencia mas ó menos absoluta, existe un término medio que nosotros los monjes, que no estamos reñidos ni con nuestros bienes ni con nuestra salud, adoptamos. Sea dicho entre nosotros, no es tan fiero el leon como le pintan; es verdad que observamos algunos ayunos y abstinencias; pero tambien gozamos de los dones que á Dios plugo conceder al hombre y los saboreamos con tanto mas placer cuanto nos los hacemos desear. El dia es mas hermoso porque le precede la noche: nunca aparece mas brillante el luminar del dia como despues de haber permanecido oculto mucho tiempo trás densas nubes.

—La pereza me vence frecuentemente y vosotros madrugais mucho; el egoismo me domina y los frailes hacen voto de sacrificarse por el bienestar de sus semejantes.

—Nunca el alma entregada á la pereza produce nada bueno, dijo ya un sabio de la mas remota antigüedad, y otro no menos famoso añadió: «no hay carga mas pesada que la pereza,» y finalmente pregona el refran español que «hombre perezoso, almohada del diablo» y es así, porque la ociosidad es madre de todos los vicios y aun de la tristeza, de la que siempre distrae la ocupacion. ¡El egoismo has dicho! El egoismo es el aislamiento y no hay hombre en el mundo que esté mas separado de él que un habitante del claustro; para él no existen patria, padres ni familia; todo se refiere á él y tambien, si tal es su voluntad, todo á él irradia. El monje diferenciándose en esto ventajosamente del comun de los regulares, puede aislarse hasta el punto de consagrarse enteramente á la oracion, al estudio ó á la meditacion, sin que le alcance el mas leve rumor, sin que perturbe su sosiego la menor accion penosa del exterior.

Una sola gota de agua basta para hacer rebosar un vaso: una sola palabra es capaz de convencer en momentos dados al mas

incrédulo. A D. Guillermo, al noble libertino, al hidalgo vicioso, á quien no habia podido persuadir hasta entonces la pintura de la vida sosegada, tranquila y regalada de los monjes que se esforzaba en trazarle su tio, hubieron de convencerle las breves razones aducidas á favor del egoismo del monacato. Su pariente le atacó hábilmente por aquel flanco débil y alcanzó un completo triunfo. Llegó un dia en que D. Guillermo le echó los brazos al cuello y le dijo con un entusiasmo de que no participaba su alma.

—Estoy resuelto: me hago monje,—como pudiera decirle, me hago soldado.

En aquellos tiempos de fanatismo religioso no se preguntaba ni se deseaba averiguar lo que sentia el neófito: bastaba que dijera «quiero» para quedar admitido en las filas de la milicia claustral, sobre todo cuando acompañaba al deseo del aspirante un buen dote para aumentar los fondos efectivos de la comunidad.

Don Guillermo, así como se habia casado sin amor, se hizo monje sin vocacion. En el primer voto dominó la materia sobre el espíritu; en el segundo compromiso el espíritu pactó con la materia: ambos tomaron parte é interesaron en su resolucio-

Al vestir el hábito el hidalgo confió su hijo á un pariente que era viudo y sin hijos, á quien dió una corta porcion de sus bienes de fortuna y por su parte este pariente prometióle cederle en ocasion de su muerte, su pingüe patrimonio. El hijo de D. Guillermo era muy niño cuando de los brazos del criado fiel pasó á la casa de D. Diego de Monforte, á quien éste reconoció por hijo. El niño que, fuerza es que lo digamos ya, se llamaba don Fernando, tomó su nombre y lo reconoció por padre, sin sospechar nunca otra cosa.

Solo muy de tarde en tarde se acordaba el monje del fruto de su union con su desgraciada esposa. Dijérase que el aborrecimiento que habia profesado á la madre habia engendrado tan estraño olvido en su corazon de padre. Verdad es que una pasion mas poderosa no tardó en embargar todos los momentos de su existencia y absorver toda la vida de su alma. Fr. Gui-

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn. que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA
LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO,

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.
(al lado del correo.)

1856.